

HORA SANTA POR LAS VOCACIONES SACERDOTALES

1. Monición Introductoria

Queridos amigos y hermanos, hemos respondido a la invitación que nos hace el Señor a estar con Él en este tiempo del día, donde intentaremos hacer silencio, calmar inquietudes y preocupaciones para que el corazón esté abierto y disponible a escuchar la voz de Dios. Hoy queremos escuchar la petición que hace Jesús a sus discípulos: pedid al Dueño de la mies, al Señor de la Iglesia, que mande obreros a su mies, apóstoles y ministros que se consagren totalmente a hacer presente su Corazón de Buen Pastor en medio del mundo y de un modo especial a favor de los jóvenes. Este año, el lema de la Jornada del Seminario nos invita a pedir por los sacerdotes como *“apóstoles para los jóvenes”*, pensando en el próximo Sínodo de los Obispos. También vamos a tener presente, con gratitud al Señor, al que fue gran apóstol de las vocaciones sacerdotales durante muchos años en nuestras Archidiócesis, el Cardenal Marcelo González Martín. De sus escritos tomaremos unas palabras dirigidas a los jóvenes.

Ahora, recibimos al sacerdote que nos expondrá a Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía.

2. Exposición del Santísimo.

3. Saludo litúrgico

4. Oración

Oh Dios, que quisiste dar pastores a tu pueblo, derrama sobre tu Iglesia el espíritu de piedad y fortaleza que suscite dignos ministros de tu altar y los haga testigos valientes y humildes de tu Evangelio. Por nuestro Señor Jesucristo.

5. Liturgia de la Palabra (se puede elegir una de estas lecturas u otras apropiadas)

- Lectura de la carta del Apóstol san Pablo a los Romanos (1, 1-7)

- Lectura del santo evangelio según san Lucas (6, 12-16)

(El sacerdote puede hacer una breve reflexión)

Canto oracional

(Si hay seminaristas, pueden dar un testimonio que ayude a la oración por las vocaciones)

6. Puede hacerse la siguiente lectura de la Carta Pastoral del Cardenal Arzobispo de Toledo Marcelo González Martín: exhortación final a los jóvenes.

“La misión de Jesús continúa. Él permanece siempre con nosotros” (Mt 28, 20b); *“El cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán”* (Mt 24,35). Jesús, el Pastor Bueno, continúa, pues, llamando a quien quiera colaborar con Él para realizar su misma misión. Todos nosotros hemos recibido el bautismo de Jesús. En esta vocación común para ser cristianos, cada uno de nosotros está llamando a desarrollar una función particular para la realización del designio de Dios (Rom 12,4-7; 1 Cor 12,4ss). Todos, por tanto, debemos acercarnos con confianza a Cristo, a su vida, a sus palabras, para descubrir nuevamente la voluntad de Dios sobre nosotros, y poner al servicio de los demás, de la Iglesia, de la humanidad, los dones que cada uno ha recibido (1 Pe 4,10ss).

Ahora bien, Jesús ha querido que su Iglesia tenga hasta el fin de los tiempos pastores que participen en el sacerdocio de Él, de modo que el acto salvador de Jesús se haga presente y eficaz en toda la humanidad y para todas las generaciones (LG 28). En estos tiempos en los que la humanidad busca a oscuras su camino y los hombres son como ovejas errantes (1 Pe 2, 25; cf. Mt 9,36), el Corazón de Cristo está más próximo que nunca a ella, para prevenir los peligros que la amenazan, los pasos falsos y fatales y para estimular su generosidad.

Esta es la causa por la que cada uno debe medir la propia responsabilidad y prestarse atención para descubrir en sí y aceptar las señales posibles de la llamada a una misión "pastoral", más próxima a la acción del Sumo Pastor, en su palabra y en su sacrificio.

La vida debe ser consagrada a algo grande. No se puede permanecer inertes e insensibles cuando se piensa en las innumerables manos que se alzan desde los cinco continentes hacia quien, representando a Cristo en medio de ellas, pueden colmar sus anhelos y responder a sus esperanzas. Son manos de niños y de jóvenes, que esperan a quien les enseñe el camino de la verdad y de la justicia; manos de hombres y de mujeres, a los que la esperanza dura de la vida cotidiana hace sentir más acusadamente la necesidad de Dios; manos de ancianos, de pacientes, de enfermos, que esperan a quien se interesen por ellos, se incline sobre sus tribulaciones, consuele sus amarguras, abriendo el alma cansada la esperanza del cielo; manos de hambrientos, de leprosos, de marginados de la sociedad, que piden auxilio. Para esto son necesarios sacerdotes y religiosos...

A vosotros, por tanto, jóvenes, deseamos repetir las palabras de la parábola: *¿Por qué estáis ociosos?* (Mt 20,6). Hoy no hay necesidad de palabras, sino de obras; no de veleidad, sino de generosidad concreta, que se manifiesta en hechos. No de contestaciones estériles, sino de sacrificio personal que, comprometiéndose directamente, transforme el mundo angustiado. Solamente los jóvenes pueden comprender esta necesidad; y a los mejores entre ellos se puede abrir el campo inmenso del apostolado sacerdotal, misionero, caritativo, asistencial, del que están necesitados los hermanos. Escuchad la voz de Cristo que os llama entre sus operarios; imprimid un sentido a la vida, haciendo vuestras las preocupaciones de la Iglesia para la elevación y el progreso de los pueblos. La Iglesia, en efecto, sabe comprender verdaderamente y a fondo los deseos de vuestro corazón generoso, y solamente ella no los desilusiona, no los instrumentaliza para otros fines, no los hace vanos

A todos os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(Tiempo de silencio. Canto oracional.)

5. Oración todos juntos

Señor Jesús, así como llamaste un día a los primeros discípulos para hacerles pescadores de hombres, continúa también ahora haciendo resonar tu invitación: ¡Ven y sígueme! Da a los jóvenes la gracia de responder prontamente a tu voz. Sostén en sus fatigas apostólicas a nuestros obispos, sacerdotes y personas consagradas. Da la perseverancia a nuestros seminaristas y a todos los que están realizando un ideal de vida totalmente consagrada a tu servicio. Suscita en nuestra comunidad el espíritu misionero. Manda, Señor, operarios a tu mies y no permitas que la humanidad se pierda por falta de pastores, de misioneros, de personas entregadas a la causa del Evangelio. María, Madre de la Iglesia, modelo de toda vocación, ayúdanos a decir "sí" al Señor que nos llama a colaborar en el designio divino de la salvación. Amén

6. Bendición y Reserva del Santísimo Sacramento.